

ROMEO.- Teobaldo, las razones que tengo para apreciar excusan en gran manera el encono de semejante salud. ¡No soy un villano! ¡Por tanto, adiós! ¡Veo que no me conoces!

TEOBALDO.- ¡Mozuelo, todo eso no excusa las injurias que me has inferido! ¡Conque vuélvete y desenvaina!

ROMEO.- Protesto que nunca te injurié, sino que te aprecio más de lo que puedas imaginarte, hasta que sepas la causa de mi afecto. Así, pues, buen Capuleto (cuyo nombre estimas tanto como el mío), date por satisfecho.

MERCUCIO.- ¡Oh paciente, deshonrosa y vil sumisión! *Alla stocata se acaba con eso!* (Desenvaina.) ¡Teobaldo, zarratas! ¿Queréis bailar?

TEOBALDO.- ¿Qué deseas de mí?

MERCUCIO.- Buen rey de los gatos, nada, sino una de vuestras nueve vidas, de la que haré lo que me parezca, y luego según la manera de conducirlos, sacudir de lo lindo las ovejitas restantes. ¿Queréis sacar vuestra espada por las orejas y arrancarla de su vaina? ¡Pronto, no sea que antes de sacar la vuestra zumbe la mía en vuestros oídos!

TEOBALDO.- ¡A vuestras órdenes! (Desenvainado.)

ROMEO.- ¡Gentil Mercucio, envaina tu espada!

MERCUCIO.- Veamos, señor, vuestro *passado!* (Riñen.)

ROMEO.- ¡Desenvaina, Benvolio; abatamos sus espadas! ¡Los balleros, por dignidad, impedid tal oprobio! ¡Teobaldo, Mercucio! ¡El príncipe ha prohibido terminantemente armar en las calles de Verona! ¡Deteneos! ¡Teobaldo! ¡Mercucio! (TEOBALDO hiere a MERCUCIO por debajo del brazo y huye con sus acompañantes.)

MERCUCIO.- ¡Estoy herido! ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Estoy ya despachado! Y el otro, ¿ha huido sin dar una puntada?

BENVOLIO.- ¡Cómo! ¿Estás herido?

MERCUCIO.- Sí, sí; un rasguño, un rasguño... Pero, diez, lo bastante. ¿Dónde está mi paje?... ¡Anda, gran

corre a buscarme un cirujano! (Sale el PAJE.)

ROMEO.- ¡Valor, hombre! La herida no será de importancia!

MERCUCIO.- No; no es tan profunda como un pozo ni tan ancha como un portal de iglesia; pero basta; ya producirá su efecto... ¡Preguntad mañana por mí, y me hallaréis todo un hombre estirado! ¡Lo que es para este mundo, creedlo, estoy ya escabechado! ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Voto ya!... ¡Un perro, un ratón, una rata, un gato, matar así a un hombre de un arañazo! ¡Un fanfarrón, un pícaro, un canalla que se batía por las reglas de la aritmética! ¿Por qué diablo os interpusisteis entre nosotros? ¡Me hirió por debajo de vuestro brazo!

ROMEO.- ¡Lo hice con la mejor intención!

MERCUCIO.- ¡Benvolio, ayúdame a entrar en alguna casa, o desfalleceré!... ¡Mala peste a vuestras familias!... ¡Han hecho de mí carne de gusanos! ¡Ya la cogí! ¡Buena!... ¡Vuestras familias! (Salen MERCUCIO y BENVOLIO.)

ROMEO.- ¡Este hidalgo, cercano pariente del príncipe, mi más caro amigo, ha recibido su mortal herida por defenderme! ¡Mi honra está manchada por el ultraje de Teobaldo! ¡Por Teobaldo, que no hace una hora es mi primo! ¡Oh dulce Julieta!... ¡Tus hechizos me han afeminado, ablandando en mi temple el acero del valor!

Vuelve a entrar BENVOLIO.

BENVOLIO.- ¡Oh Romeo! ¡Romeo!... ¡Ha muerto el bravo Mercucio! ¡Aquel galante espíritu que tan temprano se burlaba de la tierra ha ascendido a las nubes!

ROMEO.- ¡Qué día! ¡Su negra fatalidad está suspendida sobre nuevos días! ¡Este solo da principio a la desgracia! ¡Otros han de darle fin!

Vuelve a entrar TEOBALDO.

BENVOLIO.- ¡Aquí está otra vez el furioso Teobaldo!

ROMEO.- ¡Vivo y triunfante! ¡Y Mercucio muerto! ¡Váyase al cielo mi clemente blandura, y sírvame ahora de auxilio la furia de los ojos ardientes! ¡Teobaldo, te devuelvo el villano que antes me dirigiste! El alma de Mercucio se cierne muy próxima sobre nuestras cabezas, esperando que la tuya vaya a hacerle compañía. Forzoso es que tú o yo, o los dos, nos juntemos a él.

TEOBALDO.- ¡Tú, mozalbete estúpido, que aquí le acompañabas, irás con él!

ROMEO.- ¡Esto lo decidirá! (Riñen. TEOBALDO cae muerto.)

BENVOLIO.- ¡Romeo, vete, huye! Los ciudadanos se dirigen aquí y Teobaldo está muerto. ¡Sal de tu estupor! ¡El príncipe te condenará a muerte si te prenden! ¡Huye, vete de aquí! ¡Vamos!

ROMEO.- ¡Oh! ¡Soy juguete del Destino!

BENVOLIO.- ¿Qué haces ahí parado? (Sale ROMEO.)

Entran Ciudadanos, etc.

CIUDADANO 1º.- ¿Por dónde ha huido el matador de Mercucio? Teobaldo, ese asesino, ¿por dónde escapó?

BENVOLIO.- ¡Ved dónde yace ese Teobaldo!

CIUDADANO 1º.- ¡Ea, señor, seguidme! ¡En nombre del príncipe os mando que obedezcáis!

Entran el PRÍNCIPE, con su acompañamiento; MONTESCO, CAPULETO, sus Esposas y otros.

PRÍNCIPE.- ¿Dónde están los viles iniciadores de este lance?

BENVOLIO.- ¡Oh noble príncipe! Yo puedo daros cuenta de todo el desastroso curso de esta reyerta fatal. Ahí yace, muerto por el joven Romeo, el que mató a su pariente el bravo Mercucio.

LADY CAPULETO.- ¡Teobaldo, mi sobrino! ¡Oh, el hijo de mi hermano! ¡Oh, se ha vertido la sangre de mi querido pariente! ¡Príncipe, pues eres justo, por nuestra sangre derrámese sangre de Montesco! ¡Oh, sobrino, sobrino!

PRÍNCIPE.- Benvolio, ¿quién promovió esta sangrienta refriega?

BENVOLIO.- El que yace aquí muerto, Teobaldo, a quien dio muerte la mano de Romeo. Con la debida cortesía le suplí có Romeo que reparase en lo fútil que era la contienda, exponiéndole, a la vez, vuestro alto enojo. Todo lo cual, dicho con acento afable, serena mirada y humilde actitud, no fue parte a mitigar la cólera irritada de Teobaldo; sino que, sordo este a la paz, arremete con penetrante acero el pecho de Mercucio, quien todo enfurecido, opone punta contra punta mortal y con marcial desdén aparta de su pecho con una mano la fría muerte en tanto que con la otra se la devuelve a Teobaldo que la repele con destreza. <<¡Conteneos amigos; amigos, separaos!>> Y más ligero que su lengua, su ágil brazo rinde al suelo sus puntas fatales, y entre los dos se interpone. Por debajo de su brazo, Teobaldo asesta una traidora estocada, que hurta la vida del intrépido Mercucio, y entonces Teobaldo huye; pero en seguida torna hacia Romeo, quien empezaba tan solo a acariciar sentimientos de venganza; y a ella se arrojan, semejantes al relámpago; pues antes que yo tuviera tiempo para desenvainar y despartirlos, sucumbía el animoso Teobaldo; y al caer, Romeo volvió las espaldas y emprendió la fuga. Esta es la verdad, o muera Benvolio.

LADY CAPULETO.- ¡Es pariente de Montesco! ¡El cariño le ha inducido a mentir! ¡No dice verdad! ¡Una veintena de ellos han peleado en esta negra refriega, y todos veinte no han conseguido quitar sino una vida!... ¡Demando justicia, que tú, príncipe, debes otorgarme! ¡Romeo mató a Teobaldo!

¡Romeo no debe vivir!

PRÍNCIPE.- Romeo le mató; pero él mató a Mercucio. ¿Quién ha de pagar el precio de su estimada sangre?

MONTECO.- No será Romeo, Príncipe que era su amigo de Mercucio. Su delito no ha hecho sino anticiparse a lo que la ley debía poner fin.

PRÍNCIPE.- Pues por esa ofensa inmediatamente le desterramos de aquí. ¡El proceso que siguen vuestros odios me interesa también a mí! ¡Mi sangre está corriendo a causa de vuestras feroces contiendas! Pero ios impondré un castigo tan fuerte, que todos os arrepentiréis de la pérdida mía! Seré sordo a ruegos y disculpas; ni lágrimas ni quejas serán bastantes para reparar tales abusos; de modo que no las pongáis en práctica. ¡Salga de aquí Romeo a toda prisa, pues, de lo contrario, cuando se le encuentre, esa será su última hora! ¡Lleaos de aquí ese cuerpo, y respetad nuestra voluntad! ¡La clemencia asesinaría si perdonase a los que matan! (Salen.)

ESCENA II.

Jardín de Capuleto.

Entra JULIETA.

JULIETA.- ¡Galopad aprisa, corceles de flamígeros pies, hacia la morada de Febo! ¡Un auriga semejante a Faetón os fustigaría, lanzándoos al ocaso, y al punto traería la tenebrosa noche!... ¡Extiende tu velo tupido, noche protectora del amor!... ¡Apáguense los ojos que curiosean errantes, vuela Romeo a mis brazos, inadvertido y sin que se le vea!... Para celebrar sus ritos amorosos les basta a los amantes la luz de sus propios atractivos. Y como el amor es ciego, aviénesse mejor con la noche. ¡Ven, noche complaciente, plácida matrona, toda enlutada, y enséñame a perder un ganancial partido, jugado entre dos limpias virginidades! Reboza con

tu manto de tinieblas la indómita sangre que arde en mis mejillas, hasta que el tímido amor, ya mas osado, estime como pura ofrenda el verdadero afecto. ¡Ven, noche! ¡Ven, Romeo! ¡Ven tú, día en la noche, pues sobre las alas de la noche parecerás más blanco que la nieve recién posada sobre un cuerpo!... ¡Ven noche gentil!... ¡Ven, amorosa noche morena!... ¡Dame mi Romeo!... Y cuando expire, cógelo y divídelo en pequeñas estrellitas. ¡Y hará él tan bella la cara de los cielos, que el mundo entero se prenderá de la noche y dejará de dar culto al sol deslumbrador!... ¡Oh! Una mansión de amor tengo comprada; pero aún está sin poseer, y, aunque vendida, todavía no he sido gozada. Tan tedioso es este día como la noche víspera de una fiesta para el impaciente niño que tiene vestidos nuevos y no los puede estrenar. ¡Oh, aquí llega la nodriza, que me trae nuevas! ¡Toda la lengua que pronuncie tan solo el nombre de Romeo habla con elocuencia celestial!

Entra la NODRIZA con unas cuerdas.

Hola, nodriza, ¿qué noticias hay? ¿Qué traes ahí? ¿Son las cuerdas que te mandó Romeo buscaras?

NODRIZA.- ¡Sí, sí, las cuerdas! (Tirándolas al suelo.)

JULIETA.- ¡Ay de mí! ¡Qué pasa? ¿Por qué te retuerces las manos?

NODRIZA.- ¡Oh, qué aciago día! ¡Ha muerto, ha muerto, ha muerto! ¡Estamos perdidas, señora! ¡Estamos perdidas! ¡Ay, qué día! ¡No existe, le han matado, está muerto!

JULIETA.- ¿Tan crueles pueden ser los cielos?

NODRIZA.- Romeo, sí; pero los cielos, no. ¡Oh Romeo, Romeo! ¿Quién lo hubiera imaginado nunca? ¡Romeo!

JULIETA.- ¿Qué demonios eres tú, que de tal modo me atormentas? ¡Tortura igual solo debiera expresarse con rugidos de espantoso infierno! ¿Se ha dado muerte Romeo? Di sencillamente sí, y esta sola sílaba sí tendrá más veneno que el ojo del mortífero basilisco. Yo no soy yo, si existe tal

¿L, o si están cerrados los ojos que te hacen contestar ¿L.
iSi es muerto, di ¿L, y si no, no; esos breves sonidos deter-
minen mi dicha o mi dolor!

NODRIZA.- iHe visto la herida! iLa he visto con mis pro-
pios ojos!... iDios nos libre! iAquí, en su pecho varonil!
iUn lastimoso cadáver, un lastimoso cadáver cubierto de san-
gre, pálido, pálido como la ceniza! iTodo él ensangrentado,
todo él cubierto de coágulos! iMe desmayé al verlo!

JULIETA.- iOh! Destrózate, corazón mío! iPobre destro-
zado, destrózate de una vez! iA la prisión, ojos! iNunca
penséis en la libertad! iMiseria tierra, torna a tierra! iRe-
rese todo movimiento, y a ti y a Romeo os oprima con su pesa-
da carga un mismo ataúd!

NODRIZA.- iOh! iTeobaldo!... iTeobaldo!... iEl mejor
amigo que yo tenía! iOh galante teobaldo! iLeal caballero!
iQue viva yo para verlo muerto!

JULIETA.- ¿Qué tempestad es esa, que sopla con tan con-
trarias direcciones? ¿Romeo ha sido asesinado y Teobaldo
muerto? ¿Mi amado primo y mi esposo aún más amado? iEnton-
ces, trompeta pavorosa, anuncia con tu sonido el Juicio fi-
nal! Pues ¿quién podrá vivir sin estos dos?

NODRIZA.- iTeobaldo ha muerto, y Romeo está desterrado!
iRomeo, que le dio muerte, está desterrado!

JULIETA.- iOh Dios!... ¿La mano de Romeo vertió la san-
gre de Teobaldo?

NODRIZA.- iAsí, así es! iAy, qué día! iAsí es!...

JULIETA.- iOh corazón de serpiente, oculto bajo un sem-
blante de flores! ¿habitó jamás un dragón tan seductora cá-
verna? iHermoso tirano! iDemonio angelical! iCuervo con
plumas de paloma! iCordero con entrañas de lobo! iHorrible
sustancia de la más celestial apariencia! iExactamente opues-
to a lo que exactamente semejas, santo maldito, honorable ma-
lechor! iOh Naturaleza! ¿Qué criatura tenía reservada para
el infierno, cuando alojaste el alma de un demonio en el pa-
raíso mortal de cuerpo tan agraciado? ¿Qué libro, con tal
primor encuadrado, contuvo nunca tan vil materia? iOh!
iQue se albergue la falsía en palacio tan suntuoso!

NODRIZA.- iNo hay firmeza, no hay fe, no hay honradez en
los hombres! iTodos son perjuros, todos falsos, todos inicuos,
todos hipócritas! iAy! ¿Dónde está mi escudero? Dadme un po-
co de *aqua vitae*. Estos disgustos, dolores y pesares me harán
envejecer. iCaiga la vergüenza sobre Romeo!

JULIETA.- iLa lengua se te llague por semejante deseo!
iRomeo no ha nacido para la vergüenza! iSobre su frente, la
vergüenza se avergonzaría de posarse! iPorque es un trono
donde el honor puede ser coronado rey, único de toda la Tie-
rra!... iOh, qué cruel he sido en reprocharle!

NODRIZA.- ¿Y defendéis al que mató a vuestro primo?

JULIETA.- ¿Y he de hablar mal de quien es mi esposo? iAy
pobre señor mío! ¿Qué lengua ensalzará tu nombre, cuando yo,
tres horas ha tu esposa, lo he injuriado? Pero, infame, ¿por
qué diste muerte a mi primo? Este infame primo seguramente
hubiera matado a mi esposo. iAtrás, lágrimas necias! Tornad
a vuestra fuente primitiva. Esas perlas, tributo que pertene-
ce al dolor, vosotras las consagráis equivocadamente al rego-
cijo. Mi esposo vive, contra cuya vida quiso atentar Teobaldo,
y ha muerto Teobaldo, que pretendía dar muerte a mi esposo.
Todo esto es consuelo. ¿Por qué llorar entonces? Cierta pala-
bra oí, peor que la muerte de Teobaldo, que me asesinó. Con
gusto quisiera olvidarla; pero, ¡ay, ella oprime mi memoria
como los horrendos crímenes la conciencia de los delincuentes!
<<Teobaldo ha muerto, y Romeo está... desterrado.>> Este
<<desterrado>>, esta sola palabra <<desterrado>>, ha matado
diez mil Teobaldos. La muerte de Teobaldo era suficiente des-
gracia, de haberse detenido aquí; o si la despiadada desventu-
ra goza en ir acompañada, y le es forzoso unirse a otros in-
fortunios, ¿por qué no dijo <<Teobaldo ha muerto>>, o <<tu pa-
dre>>, << o tu madre>>, o hasta <<los dos>>, lo cual me hu-
biera causado una angustia ordinaria? Pero anunciar tras la
muerte de Teobaldo, <<Romeo está desterrado>>, decirme esa pa-
labra, es lo mismo que decir: <<¡Mi padre, mi madre, Teobaldo,
Romeo, Julieta, todos asesinados, todos muertos!...>> <<¡Ro-
meo está desterrado!>> iNo hay fin, no hay límite, medida ni
término en la muerte que llevan en sí estas palabras! iNo
hay acentos que expresan la intensidad de este dolor!...
¿Dónde están mi padre y mi madre, nodriza?

NODRIZA.- Llorando y gimiendo junto al cadáver de Teobaldo. ¿Queréis ir con ellos? Os acompañaré hasta allí.

JULIETA.- Laven uno y otro con lágrimas las heridas de él; que, cuando se hallen secas, el destierro de Romeo hará verter las mías... ¡Recoge esas cuerdas!... ¡Pobre escala! Tú y yo hemos sido burladas, pues Romeo está desterrado. El te fabricó para que sirvieras de camino a mi lecho; más yo, virgen, muero en viudez virginal. Venid, cuerdas; ven, nodriza; iré a mi tálamo nupcial, y que la muerte, y no Romeo, desflora mi donceller.

NODRIZA.- Corred a vuestra estancia. Yo buscaré a Romeo para que os consuele. ¡Bien sé dónde está! ¡Escuchad! ¡Romeo vendrá aquí esta noche! ¡Voy a verlo! Se halla oculto en la celda de fray Lorenzo.

JULIETA.- ¡Oh, encuéntrale! Entrega esta sortija a mi fiel caballero, y ruégale que venga a darme su último adiós. (Salen.)

ESCENA III.

Celda de Fray Lorenzo.

FRAY LORENZO.

FRAY LORENZO.- Romeo, ven acá; ven acá, hombre pavoroso. La desgracia se ha enamorado de tus prendas y te hallas despojado con la desdicha.

ROMEO.- ¿Qué noticias hay, padre? ¿Qué ha resuelto el príncipe? ¿Qué nuevo dolor, todavía desconocido, anhela conocerme?

FRAY LORENZO.- ¡Bastante familiarizado está mi querido hijo con tan hosca compañía! ¡Te traigo noticias del fallo del príncipe!

ROMEO.- ¿Qué menos puede ser que sentencia de muerte?

FRAY LORENZO.- De su boca salió un fallo más benigno; no la muerte del cuerpo, sino su destierro!

ROMEO.- ¡Ah! ¡Destierro! ¡Ten compasión! ¡Di que me ha condenado a muerte, porque, en realidad, el destierro es más aterrador, mucho más, que la muerte! ¡No digas «destierro»!

FRAY LORENZO.- Estás desterrado de Verona. Ten paciencia, que el mundo es vasto y espacioso.

ROMEO.- Fuera de los muros de Verona no existe mundo, sino purgatorio; tormentos y el infierno mismo! ¡Estar desterrado de aquí es estar desterrado del mundo, y el destierro del mundo es la muerte! ¡Luego el destierro es la muerte bajo un falso nombre! Llamando «destierro» a la muerte, cortas mi cuello con un hacha de oro, y sonríes al dar el golpe que me asesina.

FRAY LORENZO.- ¡Oh pecado mortal! ¡Oh negra ingratitud! Según nuestras leyes, deberías morir; pero el bondadoso príncipe, interesándose por tí y torciendo la ley, cambia en destierro esa negra palabra «muerte», y tú no agradeces el inmenso favor.

ROMEO.- ¡Es suplicio y no favor! El cielo está aquí, donde vive Julieta; y todo gato, perro y ratoncillo, cualquier cosa por indigna que sea, vive aquí en el cielo y puede contemplarla; ¡pero Romeo, no! ¡Más felices que Romeo, más honrosa situación, mayor cortesanía, alcanzan las moscas, que viven en la podredumbre! ¡Ellas pueden posarse en el blanco prodigio de la mano de mi amada Julieta y robar la dicha inmortal de sus labios, constantemente ruborosos por el puro y virginal pudor, como si tuvieran por pecado sus recíprocos besos! ¡Pero Romeo no puede llegar a tanto! ¡Está proscrito! Las moscas pueden hacerlo; pero a él se le prohíbe, ¡porque ellas son libres, mas yo desterrado!... «¿Y aún dices que el destierro no es la muerte? ¿No tenías un activo veneno, un agudo cuchillo, un medio rápido de muerte, cualquiera que fuese, sino matarme con «desterrado»? ¡Desterrado!... ¡Oh monje! ¡Esa palabra la profieren los condenados en el in-

fierno, acompañándola con alaridos! ¿Cómo tienes corazón, siendo un sacerdote, un santo confesor, revestido del don de perdonar los pecados, y amigo íntimo, para anonadarme con esa palabra; <<desterrado>>?

FRAY LORENZO.- ¡Eres un loco! Oye siquiera una palabra.

ROMEO.- ¡Oh! Vas a hablarme otra vez del destierro...

FRAY LORENZO.- Voy a darte el antídoto de esa palabra: la filosofía, dulce bálsamo de la adversidad. Ella te consolará, aunque te halles proscrito.

ROMEO.- ¿Todavía <<proscrito>>? ¡Mal haya tu filosofía! A no ser que la filosofía sea capaz de crear una Julieta, transportar de sitio una ciudad o revocar la sentencia de un príncipe, para nada sirve, nada vale. ¡No me hables más de eso!

FRAY LORENZO.- ¡Oh! ¡Ya veo que los locos no tienen oído!

ROMEO.- ¿Cómo han de tenerlo, cuando los cuerdos carecen de ojos?

FRAY LORENZO.- Déjame aconsejarte sobre tu estado.

ROMEO.- ¡Tú no puedes hablar de lo que no sientes! Si fueras joven, como yo, y el objeto de tu amor Julieta; si de hace una hora estuvieses casado y hubieras dado muerte a Teobaldo; si, como yo amaras con delirio, y si, como yo, te vieras extrañado, ¡entonces podrías hablar, entonces podrías mesarte los cabellos, y entonces arrojarte al suelo, como hago yo ahora, tomando por anticipado la medida de mi tumba! (Llaman dentro.)

FRAY LORENZO.- ¡Levántate! ¡Llaman! ¡Escóndete, buen Romeo!

ROMEO.- ¡No, a no ser que el aliento a mis dolorosos suspiros me envuelva a modo de niebla, sustrayéndome a escrutadoras miradas! (Llaman.)

FRAY LORENZO.- ¿No oyes cómo están llamando? ¿Quién es? ¡Levántate, Romeo, que van a prenderte!... ¡Esperad un momento!... ¡Alza del suelo! (Llaman.) ¡Corre a mi estudio!...

seguida!... ¡Poder de Dios! ¡Qué locura es esta!... ¡Voy, voy!... (Llaman.) ¿Quién llama tan fuerte? ¿De dónde venís? ¿Qué deseáis?

NODRIZA.- (Dentro.) Permitidme que pase y sabréis mi recado. Vengo de parte de la señora Julieta.

FRAY LORENZO.- ¡Bienvenida, pues!

Entra la NODRIZA.

NODRIZA.- ¡Oh santo fraile! Decidme, santo fraile: ¿dónde está el esposo de mi señora? ¿Dónde está Romeo?

FRAY LORENZO.- Allí, en el suelo, embriagado con sus mismas lágrimas.

NODRIZA.- ¡Oh! ¡Igual que mi señorita, exactamente en igual caso que ella!

FRAY LORENZO.- ¡OH! ¡Dolorosa semejanza! ¡Lastimosa conformidad de situación!

NODRIZA.- Así yace ella: llorando y gimiendo, gimiendo y llorando. (A ROMEO) ¡Levantaos, levantaos; alzádsi sois hombre! ¡Por amor de Julieta, por su amor, levantaos y ponéos en pie! ¿Por qué caer en un ¡oh! tan profundo?

ROMEO.- ¡Nodriza!...

NODRIZA.- ¡Ah señor! ¡Ah señor! ¿Qué hemos de hacerle? La muerte es el fin de todo.

ROMEO.- ¿Hablas de Julieta? ¿Cómo está? ¿No cree que soy un consumado asesino, que acaba de manchar con sangre de tu familia la infancia de nuestra ventura? ¿Dónde está? ¿Cómo se halla? ¿Y qué dice mi truncada esposa de nuestro truncado amor?

NODRIZA.- ¡Oh! Nada dice, señor, sino llorar y más llorar. Y ahora se arroja en su lecho, luego se levanta sobrecalzada y nombra a Teobaldo, y después llama a Romeo, y al fin vuelve a caer.